



Monjas y soldados



IRIS MURDOCH

*Traducción del inglés a cargo de
Mar Gutiérrez Ortiz y Joaquín Gutiérrez Calderón*



IMPEDIMENTA



I

—Wittgenstein...

—¿Sí? —dijo el Conde.

El moribundo se movió en la cama, girando la cabeza rítmicamente de un lado a otro de una manera que se había vuelto habitual en los últimos días. ¿Dolor quizá?

El Conde se encontraba de pie junto a la ventana. Ya nunca se sentaba cuando estaba con Guy. En otra época, había tenido más confianza con él, aunque Guy siempre había sido una especie de rey en su vida: su modelo, su profesor, su mejor amigo, su norma, su juez; pero, ante todo, un ser de naturaleza regia. Ahora había un rey distinto y más grandioso presente en la habitación.

—Era una especie de aficionado, de verdad.

—Sí —dijo el Conde. Estaba perplejo por el repentino afán de Guy por menospreciar a un pensador al que tanto admirara antaño: quizá necesitaba creer que tampoco Wittgenstein sobreviviría.

—Una fe ingenua y conmovedora en el poder del pensamiento puro. Y ese hombre creía que nunca llegaríamos a la Luna.

—Así es. —El Conde y Guy habían hablado en numerosas ocasiones sobre asuntos abstractos, pero en el pasado también habían charlado de muchas otras cosas, incluso habían llegado a chismorrear. En aquellos

días, no obstante, ya se les habían empezado a agotar los temas. Sus conversaciones se habían vuelto refinadas y frías hasta el punto de que nada personal quedaba entre ambos. ¿Cariño? A esas alturas ya no cabían expresiones de cariño: cualquier gesto de afecto constituiría un craso error, algo de mal gusto. Era cuestión de comportarse correctamente hasta el final. El terrible egoísmo del moribundo. El Conde era consciente de lo poco que ahora necesitaba o deseaba Guy su afecto, o incluso el de Gertrude; y también reconocía, con dolor, que él mismo se estaba alejando, que reprimía su compasión, que llegaba a sentirla como una especie de sufrimiento infructuoso: no queremos aferrarnos demasiado a lo que estamos perdiendo. Subrepticamente le retiramos nuestra empatía y preparamos al moribundo para la muerte, lo reducimos, lo despojamos de sus últimos encantos. Lo abandonamos como a un animal enfermo al que dejamos tirado bajo el seto del jardín. Se supone que la muerte nos muestra la verdad, pero eso es su propio espacio de ilusión. La muerte derrota al amor. Quizá nos muestra que, después de todo, no hay amor alguno. «Ahora estoy pensando los pensamientos de Guy —se dijo el Conde—. Yo no creo esas cosas. Aunque yo no me estoy muriendo.»

Descorrió un poco la cortina y clavó su mirada en la noche de noviembre. Volvía a caer la nieve en Ebury Street: grandes copos que se movían en masa, lentos y uniformes, en un silencio visible, a la luz de las farolas de la calle, y que se acumulaban casi imperceptiblemente en una oscuridad sin viento. Algunos coches pasaban silbando. Su sonido se apagaba, se atenuaba. El Conde estuvo a punto de decir: «Está nevando»; pero se contuvo. Cuando alguien se está muriendo, no tiene ningún sentido hablarle de la nieve. El tiempo que hiciera ya nada tenía que ver con Guy.

—Era la voz del oráculo. Sentíamos que tenía que ser verdad.

—Sí.

—El pensamiento de un filósofo puede irte bien o no. Solo es profundo en ese sentido. Igual que una novela.

—Sí —dijo el Conde; y añadió—: Sin duda.

—Idealismo lingüístico. Un baile de categorías exangües, después de todo.

—Sí. Sí.

—Pero, de verdad, ¿acaso podría yo ser feliz ahora?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Conde. Últimamente siempre tenía miedo de que incluso en esas estériles conversaciones se pudiera decir algo terrible. No estaba seguro de qué debía esperar de ellas, pero podía ser algo espantoso: una verdad, una equivocación.

—La muerte no es un acontecimiento de la vida. Aquel que vive en el presente es quien vive eternamente. Ver el mundo sin deseo es ver su hermosura. Lo hermoso lleva a la felicidad.

—Nunca he entendido eso —dijo el Conde—, pero tampoco parece tener sentido. Supongo que es de Schopenhauer.¹

—Schopenhauer, Mauthner, Karl Kraus... ¡Menudo charlatán!

El Conde consultó disimuladamente su reloj. La enfermera les ponía un límite estricto a sus conversaciones con Guy. Si se quedaba demasiado tiempo, Guy empezaba a divagar: lo abstracto daba pie a lo visionario; la computadora mental comenzaba a embarullar sus datos. Un poco menos de sangre en el cerebro y todos nos volvemos locos de remate, nos ponemos a desbarrar sin freno. Las divagaciones de Guy le resultaban terriblemente dolorosas al Conde: la desvalida irracionalidad, todavía consciente de sí misma, de las mentes más racionales. ¿Cómo sería por dentro? Era cosa de los analgésicos, por supuesto: la causa era química. Pero ¿acaso eso mejoraba la situación? No era natural. Aunque ¿era natural la muerte?

—Juegos del lenguaje, juegos funerarios. Pero... la cuestión... es...

—¿Sí?

—La muerte ahuyenta a la estética, que es la que gobierna sobre todo lo demás.

—¿Y sin ella?

—No podemos experimentar el presente. Quiero decir que morir...

—Ahuyenta...

—Sí. La muerte y morir se son enemigos. La muerte es un poder voluptuoso ajeno. Es una idea en la que se puede indagar; en la que pueden indagar los que sobreviven.

1. Se refieren a la idea de «voluntad de vivir», que representa la única propiedad inmutable y esencial del ser, expuesta en la obra *El mundo como voluntad y representación* del filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860). (*Todas las notas son de los traductores.*)

«Ay, indagaremos en ella —pensó el Conde—, indagaremos en ella. Luego tendremos tiempo.»

—El sexo desaparece (ya te lo imaginarás). ¡Un moribundo con deseo sexual! Eso sería obsceno.

El Conde no dijo nada. Se volvió otra vez a la ventana y frotó la superficie empañada que su aliento había dejado en el cristal.

—¡Sufrir es una porquería! La muerte es limpia. Y no habrá ninguna... *lux perpetua*... ¡Cómo detestaría que la hubiera! Solo *nox perpetua*..., gracias a Dios. Es solo el... *Ereignis*...²

—El...

—Aquello a lo que uno le tiene miedo. Porque se da... probablemente... una especie de acontecimiento, medio acontecimiento... En cualquier caso... Y uno se pregunta... cómo será... cuando llegue...

El Conde no quería hablar de eso. Carraspeó, pero no a tiempo para interrumpirlo.

—Supongo que uno se muere como un animal. Puede que muy pocos tengan una muerte humana: morir de agotamiento, o bien sumidos en algún tipo de trance. Que corra la fiebre como un barco arrastrado por la tempestad. Y al final... ¡queda tan poco de uno mismo, tan poco que pueda desvanecerse! Todo es vanidad. Nuestras respiraciones están contadas. Puedo ver que el total previsible de las mías... ya está aquí... ante mis ojos.

El Conde continuaba de pie junto a la ventana contemplando los enormes y lentos copos de nieve que caían desde la oscuridad, iluminados. Habría querido detener a Guy, hacerlo hablar de cosas cotidianas, pero también pensó: «Quizá este discurso sea muy valioso para él, su elocuencia, la última posesión personal de una mente que se está quebrando. Quizá me necesite para poder hacer un soliloquio que le alivie la angustia. Pero es demasiado rápido, demasiado extraño. No puedo barajar sus ideas como antes. Estoy torpe y no puedo conversar. ¿O acaso le basta con mi silencio? ¿Querrá verme mañana? Ha desterrado a los demás. Habrá un

2. El *Ereignis*, acontecimiento apropiatorio, es el concepto fundamental de la filosofía del alemán Martin Heidegger (1889-1976). El *Ereignis* es lo que lleva a cada cosa a su lugar en el mundo, la forma en que el ser se hace presente.

último encuentro». Últimamente el Conde se pasaba por Ebury Street todas las noches. Había renunciado a su escasa vida social. De todas formas, pronto no habría más mañanas: el cáncer estaba muy avanzado. El médico dudaba de que Guy llegara a las Navidades. El Conde no pensaba a tan largo plazo. Se le aproximaba una crisis vital propia, de la que, cautelosamente, honorablemente, había decidido apartar los ojos.

Guy seguía moviendo la cabeza de un lado a otro. Era un poco mayor que el Conde, tenía cuarenta y tres años, pero ahora, sin ningún rastro ya de su antigua apariencia leonina, parecía un viejo. Le habían cortado la melena, pero se le había caído más pelo aún. Su frente arrugada era una cúpula de la que se había desprendido todo. Su gran cabeza había encogido y se había afilado, y se le acentuaban los rasgos judíos. Un ancestro rabínico de ojos brillantes lanzaba miradas iracundas a través de su cara. Guy era medio judío; sus antepasados habían sido judíos cristianizados, hombres ricos, caballeros ingleses. El Conde contemplaba la máscara judía de Guy. Su padre había sido ferozmente antisemita. Por eso, y por otras muchas cosas, el Conde (que era polaco) hacía constante penitencia.

Al fin, tratando de imponer la cotidianidad, el Conde dijo:

—¿Estás en condiciones de leer? ¿Puedo traerte algo?

—No. La *Odisea* me despedirá de este mundo. Siempre me he identificado con Odiseo; solo que ahora... no volveré atrás... Espero tener tiempo para terminarla. Aunque es tan tremendamente cruel al final... ¿Van a venir esta noche?

—¿Te refieres a...?

—*Les cousins et les tantes*.

—Sí, imagino que sí.

—«Huyen de mí los que alguna vez me buscaron.»³

—Al contrario —dijo el Conde—, si hay alguien a quien tú quisieras ver, te puedo asegurar que esa persona querría verte a ti. —Había aprendido de Guy una cierta precisión en el discurso que resultaba casi engorrosa.

3. «They Flee From Me» es un poema del poeta inglés Thomas Wyatt (1503-1542).

—Nadie entiende a Píndaro. Nadie sabe dónde está la tumba de Mozart. ¿Qué prueba el hecho de que Wittgenstein nunca pensara que llegaríamos a la luna? Si Aníbal hubiera avanzado hasta Roma después de la batalla de Cannas, la habría tomado. Ah, bien. *Poscimur*.⁴ Esta noche parece diferente.

—¿El qué?

—El mundo.

—Está nevando.

—Me gustaría ver...

—¿La nieve?

—No.

—Es casi la hora de la enfermera.

—Estás aburrido, Peter.

Ese era el único comentario de verdad que Guy le había dirigido esa noche, una de las últimas y valiosas señales, en medio de aquel espantoso monólogo confidencial, de que la conexión entre ambos persistía. Para el Conde casi fue demasiado. Estuvo a punto de gritar de angustia y de dolor. Pero respondió como Guy le exigía, como Guy le había enseñado.

—No. No es aburrimiento. Es solo que no soy capaz de captar tus ideas; quizá es que no quiero. Y no permitirte dirigir la conversación... sería terriblemente descortés.

Guy admitió su respuesta con aquella rápida mueca en que se había transformado ahora su sonrisa. Por fin se quedó en silencio, incorporado en la cama. Sus miradas se encontraron, luego se apartaron rehuyendo la punzada de dolor.

—Ah, bueno... Ah, bueno... Ella no debería haber vendido el anillo...

—¿Quién...?

—«En fin de compte... ça revient au même...»

—«De s'enivrer solitairement ou de conduire les peuples.»⁵ —El Conde completó la cita, una de las preferidas de Guy.

4. Lat. «Se nos reclama». Parece una vaga alusión a la *Oda I*, 32 de Horacio.

5. La frase de Guy («A fin de cuentas... resulta ser lo mismo») parafrasea una cita de *El ser y la nada* de Jean-Paul Sartre, que completa el Conde («emborracharse en solitario o liderar al pueblo»).

—Todo ha ido mal desde Aristóteles. Ahora podemos ver por qué. La libertad murió con Cicerón. ¿Dónde está Gerald?

—En Australia con el gran telescopio. ¿Querías...?

—Yo creía que mis pensamientos vagarían por espacios infinitos, pero aquello era un sueño. Gerald habla del cosmos, pero no es posible hacer eso: no se puede hablar de todo lo que hay. Las reglas del juego... ni siquiera garantizan... que uno sepa *algo*...

—¿Qué...?

—Nuestros mundos crecen y menguan con una diferencia: pertenecemos a tribus diferentes.

—Siempre ha sido así —dijo el Conde.

—No..., solo ahora. Ay..., qué mal está todo por aquí. ¡Cuánto desearía poder...!

—¿Poder...?

—Verlo...

—¿Verlo?

—Ver... el conjunto... del espacio lógico, la cara superior... del cubo...

A través de la puerta que Gertrude, la mujer de Guy, acababa de abrir sin hacer ruido, el Conde vio a la enfermera de noche sentada en la sala. Ella se levantó en ese momento y se acercó, rápida y sonriente. Era una morena robusta con las mejillas casi de color granate. Se había cambiado las botas por las zapatillas, pero todavía olía al aire de la calle y a frío. Repartía amabilidad a diestro y siniestro. Sus bonitos ojos oscuros bailaban algo vagamente y titilaban: estaba pensando en otras cosas (en las satisfacciones, en los planes que la aguardaban). Se apartó y se pasó la mano por su oscuro pelo ondulado. Tenía un ligero aire de sentirse competente, ufana, algo que habría resultado agradable, incluso tranquilizador, en una situación en que aún cupiera alguna esperanza. Parecía haber algo casi alegóricamente triste en su distanciamiento del desaliento que reinaba a su alrededor. El Conde se echó a un lado para dejarla entrar. Entonces se despidió de Guy con la mano y se marchó. La puerta se cerró tras él. Gertrude, que no había entrado con la enfermera, ya había vuelto al salón.

* * *

El Conde (habría que explicarlo) no era un conde de verdad. Su vida había sido un embrollo conceptual, una equivocación; igual que la vida de su padre. De sus antepasados más remotos no sabía nada, salvo que su abuelo paterno, al que habían matado en la Primera Guerra Mundial, había sido soldado profesional. Sus padres y su hermano mayor Jozef, por entonces un niño, habían llegado a Inglaterra desde Polonia antes de la Segunda Guerra Mundial. Su padre, de nombre Bogdan Szczepański, era marxista. Su madre era católica. (Se llamaba Maria.) El matrimonio no fue precisamente un éxito.

El marxismo que profesaba su padre era una variante polaca algo peculiar. Adquirió conciencia política en la Polonia de posguerra, una Polonia destruida, embriagada de independencia y de entusiasmo por haber reivindicado su nacionalidad de la mejor manera posible, aplastando a un ejército ruso en las afueras de Varsovia en 1920. Bogdan era precoz desde el punto de vista político: fue seguidor de Dmowski, pero admirador de Piłsudski.⁶ Su patriotismo era intenso, cerrado y antisemita. Dejó a su madre y una casa repleta de hermanas cuando aún era muy joven. Quería ser abogado y estudió, durante poco tiempo, en la Universidad de Varsovia, pero pronto se metió en política (posiblemente desempeñara labores administrativas). A su odio por Rosa Luxemburgo solo lo superaba su odio por Bismarck (odiaba a un gran número de personas, del pasado y del presente). Tenía un temprano recuerdo de su madre diciendo que Rosa Luxemburgo merecía ser asesinada porque quería entregar Polonia a los rusos. (Su padre, a quien Bogdan apenas recordaba, había cumplido por supuesto su primer deber paterno al decirle a su hijo que todos los rusos eran unos demonios.) Sin embargo, aunque Bogdan nunca dejara de odiar a Rosa Luxemburgo (y se alegrara ligeramente cuando acabaron

6. Roman Dmowski, estadista polaco e ideólogo inflexible, fue cofundador del conservador Partido Nacional Democrático de Polonia. El mariscal Józef Piłsudski fue el primer jefe de Estado de la Segunda República Polaca desde 1918 a 1922 (se lo considera el principal artífice de la independencia del país). Tras un golpe de Estado en 1926, ejerció una dictadura hasta su muerte.

por asesinarla), una intensa vena absolutista, natural en él, lo condujo al marxismo. Sentía que el destino lo había elegido para convertirse en el creador de un genuino marxismo polaco. Tenía un primo, miembro del pequeño e ilegal Partido Comunista Polaco, con el que había mantenido encarnizadas discusiones. El partido era prorruso y además estaba plagado de judíos de mierda, pero, curiosamente, a pesar de eso, atrajo al joven Bogdan: en el marxismo había una intensidad, una especie de absoluto, que lo fascinaba. Era un «camino corto»; era idealista, antimaterialista, violento y no prometía comodidad alguna. Sin duda, Polonia requería, como mínimo, una entrega total como esa. No obstante, como más tarde le contó a su hijo, su particular patriotismo no le permitió convertirse en comunista. Siguió siendo un marxista furioso, aislado e idiosincrásico, el único hombre que verdaderamente había entendido lo que el marxismo significaba para Polonia.

Se casó en 1936. Entonces Stalin intervino en su vida. El Partido Comunista Polaco nunca había sido más que un ineficiente e insignificante instrumento en manos del gran líder ruso. Los comunistas polacos se habrían disgustado ante un acercamiento ruso-germano. Además, estaban infectados por el virus del patriotismo y no podían desempeñar en los planes que Stalin tenía para Polonia ningún papel que no pudiera desempeñar mejor el Ejército Rojo. En consecuencia, con aquella serena implacabilidad, intencionada y lúcida, tan característica de sus políticas y de su éxito, Stalin liquidó de raíz al Partido Comunista Polaco. El primo de Bogdan desapareció. El propio Bogdan, un disidente marxista confeso, un intelectual, el típico hombre problemático, estaba ahora en peligro. En 1938 llegó a Inglaterra con su mujer y su hijo. En 1939 decidió regresar a Polonia; sin embargo, los acontecimientos se habían precipitado y se quedó confinado en Inglaterra, de modo que se convirtió en un espectador enloquecido y desdichado del subsiguiente destino de su país, y la terrible culpa de no haber luchado en suelo polaco lo atormentó de por vida.

El Conde nació justo antes de la guerra. Su primer recuerdo consciente era que había tenido un hermano, pero que este había muerto. Su hermano había sido maravilloso. En cierto modo, el Conde debió de ser un consuelo, un sustituto para sus padres, unos pobres exiliados. Con el

despertar de la conciencia, experimentó también la certeza del exilio. La primera percepción del Conde fue la de una bandera roja y blanca. Aquel maravilloso hermano había fallecido en un ataque aéreo. Varsovia había sido destruida. Esos fueron los primeros datos que recibió el Conde en su vida, para él casi más nítidos que sus propios padres. Bogdan, viendo frustrado su regreso a casa y ahora, de nuevo fuera de toda lógica, un ferviente admirador de Sikorski,⁷ se había unido a la Fuerza Aérea polaca, constituida a la sazón en Inglaterra bajo la égida del Gobierno en el exilio. Quería ingresar en la brigada paracaidista y soñaba con regresar a su país desde el cielo como un libertador, para convertirse enseguida en un destacado estadista en la Polonia independiente de posguerra. Sin embargo, nunca abandonó tierra firme, ya que al poco tiempo un estúpido accidente en un entrenamiento lo devolvió a la vida civil. Consiguió un trabajo (de nuevo, probablemente como oficinista) en el Gobierno polaco en Londres. Allí consumió su corazón y su tiempo en su odio a Rusia (su odio a Alemania se daba tan por descontado que apenas constituía una ocupación) y en vanos intentos de infiltrarse en la conspiración de alto nivel que obsesionaba a sus compatriotas más poderosos. Él, por supuesto, le ofreció sus servicios como mensajero al Ejército Nacional clandestino de Polonia, pero fue rechazado. (El Conde nunca dudó de que su padre fuera un hombre muy valiente que habría dado la vida con entusiasmo al servicio de su país.) Era capaz de seguir con cierto detalle aquella agonizante diplomacia mediante la cual, tras la muerte de Sikorski, Mikołajczyk⁸ trató de complacer a Gran Bretaña aplacando a Stalin, pero sin entregarle a Rusia la zona oriental de Polonia. Y más tarde a menudo se la describía al Conde, que de niño era exasperantemente indiferente a los destinos de las marismas del Prípiat.

7. Władysław Sikorski (1881-1943) compaginó el cargo de presidente del Gobierno y comandante de las fuerzas armadas durante la Segunda República Polaca al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Tras el golpe de Estado de Piłsudski, cayó en desgracia para las nuevas autoridades polacas.
8. El estadista polaco Stanisław Mikołajczyk (1901-1966) fue cofundador y líder del Partido Campesino. Huyó a Londres tras la invasión alemana de Polonia en 1939. Llegó a ser primer ministro del Gobierno polaco en el exilio.

El Ejército Rojo, por supuesto, había entrado en Polonia en septiembre de 1939, según lo acordado con los alemanes. La noticia de que los rusos habían asesinado en secreto a quince mil oficiales polacos fue uno de los golpes que la conciencia de Bogdan tuvo que encajar y que su capacidad de odio tuvo que digerir en la primera parte de la guerra. Por aquel tiempo, también circularon rumores de cómo estaban administrando los alemanes su parte de Polonia. En palabras del gobernador alemán: «La noción misma de *polaco* será eliminada en los siglos venideros. Ninguna forma de estado polaco renacerá jamás. Polonia será una colonia y los polacos, meros esclavos dentro del Imperio alemán». La rabia, el odio, la humillación, un amor apasionado y un orgullo mortalmente herido luchaban de tal modo en el alma de Bogdan que a veces parecía que podría morir de pura emoción. De joven, el Conde, forzado a revivir esos horrores y decidido a que no le afectaran, se maravillaba de la falta de realismo de su padre. ¿No era capaz de ver lo indefensa e insignificante que era Polonia? ¿Cómo podía haber esperado que Churchill o Roosevelt se preocuparan de la frontera polaca? Evidentemente, la historia tendía, y siempre había tendido, a que Polonia estuviera sometida a Rusia. De hecho, a Polonia no le había ido demasiado mal en tiempos de paz en lo que al territorio se refería. Posteriormente el Conde tendría un sentir diferente respecto a todas esas cosas. La guerra de Bogdan, y en cierto sentido también su vida, terminó el 3 de octubre de 1944. El Alzamiento de Varsovia, la gran insurrección que los polacos habían esperado, comenzó el 1 de agosto, cuando la artillería del Ejército Rojo hizo temblar las ventanas de la ciudad. Los polacos de Varsovia empezaron a combatir a los alemanes. El avance de los rusos se detuvo. El Ejército Rojo no cruzó el Vístula. Los rusos se retiraron. La Fuerza Aérea Soviética desapareció de los cielos. Los bombarderos alemanes volaron sin impedimento a ras de los tejados de la ciudad. Los británicos y los americanos lanzaron desde el aire escasos pertrechos armamentísticos. Las desesperadas peticiones de ayuda a Moscú y a Londres fueron desatendidas. El Ejército Polaco clandestino luchó en solitario contra los alemanes durante nueve semanas. Y, al final, se rindió. Doscientos mil polacos fueron asesinados. Los alemanes, en su retirada, hicieron saltar por los aires lo que quedaba de Varsovia.

* * *

De niño, el Conde no quería ni oír hablar de esas cosas. Tuvo una temprana conciencia de sí mismo como decepción y sustituto. Se acobardaba ante la culpa, el abatimiento y el orgullo humillado de su padre. No quería participar en esa interminable y agonizante autopsia («Y Stalin dijo..., y Churchill dijo..., y Roosevelt dijo..., e Eden dijo..., y Sikorski dijo..., y Mikołajczyk dijo..., y Anders dijo..., y Bor-Kómorowski dijo..., y Bokszczanin dijo..., y Sosnkowski dijo...», etcétera, etcétera). Mientras su padre, que en esa época apenas podía hablarle a nadie excepto a su hijo, volvía una y otra vez sobre la Línea Curzon,⁹ el Conde, cuya ambición consistía en aprobar los exámenes y ser un estudiante inglés normal, escribía esmeradamente en su libreta: «Miles puellam amat. Puella militem amat». No quería oír hablar de aquellos siglos de miseria, de «particiones» y traiciones, de caballeros teutones, de lo que pasó en Brest-Litovsk¹⁰ ni del error que cometió el duque Conrado¹¹ en 1226. Él no iba a rendirles culto a Kościuszko y Mickiewicz,¹² ni siquiera sabía quiénes eran. Y lo peor de todo: en tanto que su madre se negaba tercamente a aprender inglés, él se negaba tercamente a aprender polaco (por supuesto, su hermano Jozef había hablado un polaco excelente). Desde que entró en la escuela, no volvió a pronunciar ni una sola

9. Se trata de la frontera entre Polonia y la URSS que propuso el secretario de Estado de Asuntos Exteriores del Reino Unido, lord Curzon, para lograr una tregua durante la guerra ruso-polaca de 1919-1920.
10. Según el tratado de paz de Brest-Litovsk de 1918 firmado entre el Imperio austro-húngaro, el Imperio otomano y la URSS, Rusia renunciaba al control de varios países, entre ellos, Polonia. Tras la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, el tratado quedó anulado.
11. Conrado I de Mazovia (1187 o 1188-1247) fue duque de la provincia de Masovia y gran duque de Polonia. En 1226, invitó a la Orden de los Caballeros Teutones a luchar contra los prusianos.
12. Andrzej Kościuszko (1746-1817) fue un brillante militar polaco que se convirtió en héroe nacional de Polonia, Bielorrusia y hasta de los Estados Unidos, donde participó en la guerra de Independencia. Adam Mickiewicz (1798-1855) fue un poeta probablemente polaco, iniciador del Romanticismo en Polonia.

palabra en polaco. Si se dirigían a él en polaco, respondía en inglés, unas veces fingiendo no entender y otras sin entender de veras. Su padre lo miraba fijamente con indecible dolor y se marchaba. La tempestad que se desataba en el alma de Bogdan raramente se manifestaba de forma física. El Conde recordaba algunas broncas terribles e incomprensibles en polaco: su padre gritando, su madre llorando. Posteriormente, su padre se fue alejando de su mujer y de su hijo, incluso de sus compatriotas de Londres. Nunca volvió a hablar de la posibilidad de volver a Polonia: su madre y sus hermanas habían desaparecido durante la sublevación. Se quedó en Inglaterra, un país cuya interesada deslealtad no podía perdonar. Cuando el Gobierno polaco de Londres (que, de hecho, ya no era el Gobierno polaco) se disolvió (habiendo optado algunos de sus miembros por el exilio y otros por arreglárselas para regresar a Polonia con la intención de obtener algún apoyo en el que pronto iba a convertirse en el nuevo Gobierno comunista), Bogdan consiguió un trabajo de oficina en una compañía inglesa de seguros. Su peculiar marxismo, privado del alimento de la esperanza, ya se había consumido y había dado paso a un odio feroz hacia el comunismo. Contemplaba los acontecimientos de la Europa del Este con un pesimismo que rozaba el rencor. Ahora dedicaba su tiempo a maldecir a Gomułka.¹³ Se animó un poco con la muerte de Stalin, pero no esperaba nada de los disturbios de Poznan.¹⁴ Contempló la sublevación húngara y su destino con amarga envidia, con amarga ira. Murió en 1969, habiendo vivido lo suficiente como para ver a Gomułka enviando tropas polacas a acompañar a los tanques rusos en Praga.

El Conde pasó su infancia haciendo grandes esfuerzos por ser inglés, atormentado por su padre e incapaz de comunicarse con su madre. Una

13. Władysław Gomułka (1905-1982) fue un héroe de la resistencia durante la ocupación nazi de Polonia. En 1945 participó en el Gobierno provisional y fue elegido secretario general del Partido Comunista, aunque en 1951 fue encarcelado por su oposición a la política de Stalin. Ya bajo el mandato de Jrushchov, fue rehabilitado y nombrado secretario general del Partido hasta su destitución en 1970 a causa de las protestas obreras contra su política de precios.

14. Alude a las manifestaciones obreras y a las revueltas contra las fuerzas de seguridad comunistas que tuvieron lugar el 28 y 29 de junio de 1956.

ambición estrecha de miras y desesperada, junto con la ayuda de un fondo de prestaciones polaco con el que su padre había estado relacionado, lo llevaron a la London School of Economics. Su verdadero nombre era Wojciech Szczepański. («¡Menudo nombre tan enrevesado!», había comentado cariñosamente uno de sus profesores del colegio en su momento.) Los ingleses entre los que vivía tenían que lidiar con su apellido (que no era difícil de pronunciar, una vez que se le pillaba el truco), pero se negaban a tolerar las extrañas consonantes de su nombre de pila. En la escuela lo llamaban simplemente «el Grande», ya que incluso entonces destacaba por su altura. No era impopular, pero tampoco hizo amigos. Se reían de él y siempre lo consideraron algo pintoresco. El joven se avergonzaba de la pinta de extranjero y del acento raro de su padre, aunque se consolaba un poco cuando alguien decía: «El padre del Grande es un bandido». Sus padres, por supuesto (y eso era un alivio), nunca invitaron a casa a sus compañeros de clase. En la universidad, alguien hizo el chiste de que todos los exiliados polacos eran condes, y a partir de entonces al Conde se le conoció como «el Conde» y todo el mundo empezó a llamarlo «Conde». Después se supo que tenía un segundo nombre de pila más inocuo, Piotr, y algunos se acostumbraron a llamarlo «Peter» o «Pierre», pero ya era demasiado tarde para librarse de aquel apodo tan familiar. La verdad era que al Conde no le desagradaba su título nobiliario. Era una pequeña broma inglesa que lo vinculaba a su entorno y le proporcionaba una pizca de identidad. Ni siquiera le importaba que a veces algún desconocido lo tomara por un conde de verdad. Sin estar nunca totalmente seguro de si se trataba de una farsa o no, lo cierto es que jugaba un poco a ser el aristócrata o, por lo menos, el caballero extranjero que se cuadra de un taconazo. A pesar de todos sus esfuerzos por ser inglés, tenía un ligero acento foráneo. Y, en cada célula de su ser, poco a poco la sensación de saberse extranjero fue adquiriendo más y más intensidad. Sin embargo, su condición de polaco no le servía de refugio. Era más bien una pesadilla personal.

Su madre murió dos años después que su padre. Languideció en una absoluta soledad. El Conde, lleno de remordimientos, empezó a comprender entonces, cuando ya era demasiado tarde, lo sola que había estado siempre; y, cuando ella estaba a punto de morir, él empezó a vivir en

su amor por ella y en el amor de ella por él, ahora incurablemente nostálgico. Había adquirido, a pesar de su determinación de no hacerlo, ciertos conocimientos de la lengua polaca, y en esa época se puso a estudiarla en serio, sentado con su libro de gramática junto a la cama de su madre y haciéndola reír con su pronunciación. Cuando se acercaba el final, ella le preguntó tímidamente si le importaría que la visitara un sacerdote. El Conde, entre lágrimas, se apresuró a buscárselo. Su padre había odiado el cristianismo casi tanto como había odiado a Rusia. Su madre se había acostumbrado a ir sola a misa, a escondidas. Nunca le había enseñado a su hijo ninguna oración: nunca se habría atrevido. Nunca le había insinuado que fuera a la iglesia y el Conde nunca había pensado en ir. Ahora, que de muy buena gana la habría acompañado, ella estaba postrada en la cama; y, cuando un lituano polaco-parlante entró en la casa vestido de negro, trató al Conde, con una mezcla de disculpa y pena, como a un inglés. Después de que su madre muriera, el Conde tomó la costumbre de sentarse en las iglesias católicas y entregarse a un pesar intenso, confuso e incoherente.

Tras su paso por la London School of Economics, donde mostró un considerable talento para la lógica simbólica y el ajedrez, su ambición se agotó. Consiguió trabajo como analista de mercado, algo que odiaba, y después pasó a ocupar un puesto de un nivel más bien modesto en la Administración Civil del Estado. Su madre, ya entonces fallecida, se había ocupado de dejarle claro cuán grande era su deseo de que se casara: si la primera palabra que recordaba haber aprendido de su padre era *powstanie*, «insurrección», con el tiempo la palabra *dziewczyna*, «muchacha», empezó a salir a menudo de la boca de su madre. Pero de alguna manera el Conde nunca consideró seriamente la posibilidad del matrimonio. Había tenido algunas desafortunadas relaciones informales en la School of Economics. Era demasiado puritano como para disfrutar de la promiscuidad. Afortunadamente, contaba con la firmeza necesaria para poner fin a los enredos fallidos. Se daba cuenta de que prefería estar solo. Tenía la sensación de estar escondiéndose (no esperando, sino escondiéndose). Estaba rodeado de buenas amistades, contaba con un trabajo bastante interesante, pero era un desgraciado crónico. Su infelicidad no era desesperada; simplemente, tranquila, estable y profunda.

Su piso de Londres se había convertido en un espacio de soledad, una ciudadela de aislamiento de la que empezaba a asumir que nunca saldría.

A aquellas alturas, al Conde le resultaba evidente lo irremediablemente polaco que estaba condenado a ser. Por fin, enfermo de anticipación, de indecisión, de miedo, decidió visitar Varsovia. No le habló a nadie del viaje. De todas formas, nadie a quien conociera quería hablar de Polonia. Fue como un turista solitario. No había familia a la que buscar. Para entonces Varsovia estaba casi completamente reedificada: el centro de la ciudad era una réplica exacta de lo que los alemanes habían destruido. Tuvo la buena suerte de estar presente, en medio de una multitud enfervorecida, silenciosa y sin aliento, cuando la cúpula dorada fue colocada por fin en lo alto del palacio real reconstruido. Se alojó en un hotel, grande e impersonal, cercano al monumento de los caídos de la guerra. Estaba solo; un inglés tímido y excéntrico con un acento espantoso y nombre polaco. La hermosa ciudad reconstruida era para él un fantasma. (Le había oído decir a su padre muchas veces que Varsovia había quedado tan completamente destruida que habría sido más fácil abandonar las ruinas arrasadas y construir una nueva capital en cualquier otro sitio.) Y en esa hermosa ciudad reconstruida él paseaba como un fantasma, un atento fantasma atormentado y marginado.

Mientras tanto, a Gomułka lo había sucedido Gierek¹⁵ (el padre del Conde también lo habría odiado). El Gobierno de Polonia, que anteriormente había considerado a los polacos exiliados unos traidores, empezaba sensatamente a congraciarse con su diáspora. El Conde se quedó muy asombrado cuando empezó a recibir correspondencia con sello polaco, publicaciones en inglés y en polaco, revistas literarias, cuestionarios, propaganda, noticias. Estaba sorprendido y extrañamente contento de descubrir que ellos sabían que existía. Su padre se habría alarmado, habría sospechado. (Más adelante, cuando se dio cuenta de que probablemente se habían limitado a buscar apellidos polacos en la guía telefónica, se sintió menos halagado.) Leía vorazmente esas ofrendas, pero no respondía.

15. Edward Gierek (1913-2001) fue nombrado secretario general del Partido Comunista en 1970 tras la destitución de Gomułka. Propuso una revisión de la política económica del país.

No había nada para él (así lo sentía) al otro lado de la correspondencia, y él tampoco tenía nada para ellos. No había nada que él pudiera hacer por Polonia. Las misivas burocráticas le tocaban el corazón; sin embargo, eran cartas de amor enviadas a una dirección equivocada. Igual que su padre, tenía interiorizada Polonia a su manera, sufriendo en solitario: él era su propia Polonia. A pesar de toda la resistencia de su niñez, su padre le había transmitido un intenso y encendido patriotismo, que ardía incesantemente, aunque también en vano.

No hablaba de ello con nadie; y la verdad es que tampoco lo animaban mucho a hacerlo. Nadie se acercó a él lo suficiente como para sospechar la intensidad de su vida secreta. Nadie estaba realmente interesado en su nacionalidad, ni siquiera en su nación. ¿Era Polonia invisible? Muchas veces meditó sobre el hecho de que Inglaterra hubiera entrado en la guerra precisamente por Polonia. (En cierto modo, así lo había hecho todo el mundo: *mourir pour Danzig?*)¹⁶ Pero ahora, en Inglaterra, eso no quería decir nada. Estaba olvidado. Por supuesto, el asunto del punto en que Inglaterra y Francia decidieron trazar la frontera en aquellos años terribles constituía un mero accidente dentro de la historia. Todo el mundo parecía pensar en Polonia (si es que pensaban en ella) desde una perspectiva de mecánica diplomática, como parte de un problema más general, como componente del Imperio austrohúngaro, como una de las «repúblicas democráticas del este». La eterna «cuestión polaca» nunca parecía tratar de verdad sobre Polonia, sino sobre la utilidad que pudiera dársele a Polonia o sobre el obstáculo que Polonia pudiera representar en los planes a mayor escala de otros. Nadie parecía percibir o apreciar aquella singular llama ardiente de la nacionalidad polaca, que, aun debilitada por un vecino implacable, seguía ardiendo *como siempre había ardido*.

Tales reflexiones (y eran frecuentes) engendraron en el Conde una especie de fantasioso heroísmo frustrado, como el de alguien a quien le

16. La frase pertenece a un artículo del socialista francés Marcel Déat, publicado en 1939 en *L'Œuvre*, en que se denunciaban las garantías que Gran Bretaña ofrecía a Polonia: «Luchar junto a nuestros amigos polacos por la defensa común de nuestros territorios [...] es una perspectiva que se puede considerar [...]. ¿Pero morir por Danzig, no!».

han estafado su herencia y que espera una llamada a las armas. Tenía un papel heroico en el mundo, aunque sabía que era un papel imposible que nunca descubriría. En la realidad él no era un activista. (Había donado dinero a algunas causas, pero nunca había asistido a las reuniones.) Ahora aquella sensación de estar solo con su padre había tomado un nuevo cariz. La admiración y el amor y la nostalgia se extendían lúgubrementemente hacia aquella sombra. Su padre había sido un exiliado y un pensador y un caballero, un hombre valiente y un patriota, un hombre perdido, destruido, decepcionado, arrasado. Había muerto con *fnis Poloniae*¹⁷ escrito en el corazón. El Conde, comparando con aquella estatura su exiguo ser, sobriamente convirtió el «heroísmo» de su padre en una especie de sentido del honor negativo: nunca moriría por Polonia, como habría hecho su padre, de buen grado y sin dudarle un segundo, si hubiera podido, pero estaba en su mano evitar cualquier vileza que pudiera degradar su memoria, y cultivar un estricto rigor moral con el que hacer frente al mundo. Ese era su honor. Sabía que su padre se había visto toda su vida como un soldado. El Conde también se veía a sí mismo como un soldado, pero como un soldado muy normal, con la insipidez, las posibilidades limitadas y las escasísimas probabilidades de gloria que le eran propias.

Cuando el Conde ya pasaba de los treinta, recibió un tardío ascenso y fue trasladado de su oscuro departamento al Ministerio del Interior. Allí conoció a Guy Openshaw, que era el jefe de su sección. Guy se ganó su afecto haciéndole preguntas. El Conde era todo un fenómeno, un caso raro. A Guy le gustaban las rarezas. Guy nunca le preguntaba exactamente las cosas que el Conde quería, y las preguntas nunca llegaban a hacer que el Conde entrara en conversación. Pero, aunque es posible que Guy nunca llegara a *ver* completamente lo que tenía delante, sí que le preguntaba por su infancia, por sus padres y por sus creencias (cosa que, por extraño que parezca, nadie, ni siquiera una mujer, había hecho

17. En latín, «El fin de Polonia». Es una locución que se dice gritó el general Kosciuszko en 1794, cuando las tropas de cosacos rusos derrotaron al ejército polaco y previó que su país iba a quedar desmembrado.

antes). Y no era solo la precisión de las preguntas lo que seducía al Conde. Era el tipo de respuestas que Guy esperaba: tenían que ser simples, directas, lúcidas, sinceras, y debía exponerlas con una cierta serena dignidad. Ese método de interrogatorio hacía aflorar la verdad, pero con una limitación casi deliberada, como si hubiera una periferia de cosas que Guy *no* deseara saber. Un interrogador menos experto podría, le gustara o no, haber oído más. El Conde practicaba ese juego con Guy y hasta cierto punto también con Gertrude, quien instintivamente había adquirido, quizá en contra de su naturaleza, algo de la afectuosa precisión inquisitiva de Guy. De hecho, el Conde les contó, solo a ellos dos, ciertas cosas de gran importancia sobre sí mismo, para así apaciguar su corazón. Gracias a esas «indiscreciones», se estableció un fuerte vínculo entre la pareja y él.

El Conde había sido un estudiante receptivo y un alumno excelente en los exámenes, y entabló de inmediato una relación de alumno y profesor con Guy, casi (aunque ambos eran de la misma edad) de padre e hijo. De hecho, para muchos de sus conocidos, Guy representaba el papel de una especie de patriarca. Era un brillante administrador destinado (o eso parecía) a desempeñar las más altas responsabilidades. Su excelencia, su particular talento, su poder fueron para el Conde garantía de estabilidad y prueba de su propia valía. Se sentía bien admirando a Guy, respetándolo. Dejó de jugar al ajedrez con Guy porque detestaba ganarle (siempre). A Guy no le importaba, pero al Conde sí. Y así fue como se convirtió en un miembro del «círculo» Openshaw y encontró una especie de hogar en el gran piso de Ebury Street, y como, a través de él, entró en contacto con la sociedad inglesa y, según a veces le parecía, con el cosmos.

El Conde se cuadró ante Gertrude Openshaw. Ella no lo miró. Sumida en su dolor, evitaba los ojos de todo el mundo, como si le diera vergüenza mostrar tanta pena. A ella y al Conde los unía una especie de terrible y embarazosa incomodidad. No mostraban emoción alguna entre sí, no había sobresaltos.

—Está nevando otra vez. ¿Has visto?